



D. Miguel de Cervantes Saavedra



Juan de Jauriqui, Pinxit, año 1600.

Cátedra UNESCO
“Miguel de Cervantes”

1992

Cátedra UNESCO
“Miguel de Cervantes”

Discursos
pronunciados en la ceremonia
de celebración del
Día de la Lengua Española

UNESCO
28 de abril de 1992

Compuesto e impreso
en los talleres de la UNESCO
© UNESCO 1992
Printed in France

28 JUL 1983

Miguel de Cervantes
Suavedra

Portada: Retrato de Miguel de Cervantes. Colección de la Real Academia Española, Madrid.
(Foto cortesía de la Sociedad Cervantina y de la Delegación de España ante la UNESCO)

Índice

Discurso del Excmo. Sr. Federico Mayor, Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO)	13
Discurso del Excmo. Sr. Salvador Romero Pittari, Embajador de Bolivia ante la UNESCO y Presidente del Comité del Idioma Español	25
Disertación sobre “Orden y aventura de la lengua” por el Excmo. Sr. Jorge Edwards, Miembro de la Academia Chilena de la Lengua	33



De izquierda a derecha:

el Excmo. Sr. Henri Lopes, Subdirector General de Cultura de la UNESCO;
la Excmo. Sra. Ruth Lerner de Almea, Embajadora de Venezuela en la UNESCO;
el Excmo. Sr. Eduardo Portella, Director General Adjunto de la UNESCO;
el Excmo. Sr. Jorge Edwards, Miembro de la Academia Chilena de la Lengua;
el Excmo. Sr. Federico Mayor, Director General de la UNESCO;
el Excmo. Sr. Salvador Romero Pittari, Embajador de Bolivia ante la UNESCO
y Presidente del Comité del Idioma Español;
el Excmo. Sr. Félix Fernández-Shaw, Embajador de España en la UNESCO;
el Excmo. Sr. Gonzalo Figueroa, Embajador de Chile en la UNESCO.

(Foto: UNESCO/Inez Forbes)

Discurso del
Excmo. Sr. Federico Mayor
Director General de la UNESCO
pronunciado en la Cátedra UNESCO
“Miguel de Cervantes”



Excmo. Sr. Federico Mayor, Director General de la UNESCO.
(Foto: UNESCO/Inez Forbes)

Discurso del
Excmo. Sr. Federico Mayor
Director General
pronunciado en la Cátedra UNESCO
“Miguel de Cervantes”

Su Alteza Real Doña Cristina,
Señor Embajador de Bolivia, y
Presidente del Comité del Idioma Español
en la UNESCO,
Señores Embajadores,
Queridos colegas,
Señoras y señores:

“¿DE qué sirve hoy el Quijote?”, se preguntaba el poeta Pedro Salinas, aunque él mismo conociera la respuesta. *Don Quijote de la Mancha* es un clásico de la literatura, y un clásico debe dar prueba irrefutable de su vigencia en cualquier momento. A un clásico se le exige ser actual y ser capaz de ayudarnos a entender y vivir los problemas del presente pero, sobre todo, se le reclama que nos influya vitalmente, que nos emocione y que nos conmuevan las renovadas verdades de su texto.

Este es el mérito principal de *Don Quijote*. Una obra que se lee como si se acabara de escribir en este momento. Una novela que ha reflejado las sensibilidades y preocupaciones de todas las épocas, más allá de escuelas y de tendencias estéticas. Porque la única verdad de un clásico es la autenticidad con que refleja la condición humana.

Esta es la modernidad eterna de la obra de Cervantes y ahí radica la vigencia y la fuerza de las palabras que derivan de Quijote –quijotismo, quijotadas, quijotesco– con que se definen caracteres y actitudes vitales, capaces de ser sentidas por cualquier ser humano. Estas son las “batallas contra los molinos de viento” que resumen las empresas que parecen imposibles.

Estas son las “ínsulas” de la utopía, desmentidas por la realidad pero renovadas en la esperanza reeditada tras cada frustrado intento por convertirlas en certidumbres. Todo esto es lo que ha permitido exclamar a un poeta que “algo le faltaría al mundo si faltase el Quijote” y a otro maldecir: “¡Desgraciado aquel que no ha tenido algunas de las ideas de Don Quijote!”.

Pero Cervantes, bien entendido, no es sólo *Don Quijote*, bueno es recordarlo. Cervantes es además esas “fuentes y alamedas, los jardines que con curiosidad se cultivan”, los “pequeños huertos” como decía él mismo de sus *Novelas Ejemplares*, ya que también “las aguas del breve estanque” son capaces de “reflejar las estrellas”.

Por esta razón, más que entrar en la selva o en los jardines y huertos cervantinos, poblados de tantos signos, recorridos por tantos intérpretes y exégetas de su obra, quisiera –en el ámbito de esta Cátedra UNESCO que lleva su nombre y que tiene hoy el honor de recibir al escritor Jorge Edwards– referirme al modo como el Quijote se hace lengua y cómo esta lengua se encarna en el cuerpo de América.

“Un idioma vale más que por sus académicos, más bien que por sus gramáticos, por sus ingenios constructivos y creadores”, sostuvo José Vasconcelos en el Congreso cervantino de 1947, para precisar: “Cervantes pertenece a esta familia del genio universal, ya que fue muy buen español; pero es, sobre todo, el hombre, el ser humano privilegiado, que piensa y escribe para sus semejantes de todas las épocas y todos los pueblos”.

Nada mejor que esta afirmación del autor de *La raza cósmica* para comprender el alcance de la declaración

de los académicos del mundo hispanohablante reunidos en aquel momento en Madrid: “Una lengua como la nuestra desborda las academias y se cristaliza en la plenitud sólo en la conciencia universal de ingenios que, como Cervantes, expresan lo humano sin limitaciones y sin ningún género de cortapisas, incluso las académicas”.

La verdad es que América se ha reconocido siempre en la obra de Cervantes. Apenas publicado *Don Quijote* en 1605 centenares de volúmenes se expiden hacia Cartagena de Indias, Lima y México. Dos años después –en 1607– ya se recogen ecos de la teatralización de la novela en el Perú. La realidad y el “encantamiento”, las que serán claves de su interpretación, pasan a ser parte del patrimonio cultural del Nuevo Mundo.

Don Quijote “emigra” a América –según cuenta Juan Bautista Alberdi en *Peregrinación de Luz del día, viaje y aventuras de la verdad en el Nuevo Mundo*– y cabalga en la Patagonia para intentar de nuevo “deshacer agravios y enderezar entuertos”. El caballero de la Triste Figura abandona el título de “Don” y abraza la causa republicana. En una estancia del sur austral funda un estado –Quijotania– utopía proyectada al futuro americano, lejos de toda nostalgia de la Edad de Oro europea. En resumen: en el Nuevo Mundo, Don Quijote hace de la libertad su Dulcinea.

Esta es la esencia del mensaje cervantino en que se reconoce América: la lucha por la justicia y por la libertad. Por eso, Juan Montalvo escribe su alegato contra el autoritarismo y en favor de la libertad bajo el título *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*.

Ante una Hispanoamérica que se identifica de tal modo con los ideales del caballero andante, Jorge Luis Borges se pregunta, por su parte, si Cervantes, que había solicitado infructuosamente en dos ocasiones al rey de España un nombramiento en las Indias, no concretó en realidad su sueño a través del destino americano de su personaje. “El hidalgo fue un sueño de Cervantes y Don Quijote un sueño del hidalgo – nos dice. El doble sueño los confunde y algo está pasando que pasó ya mucho antes.”

Ese algo que “está pasando” es que *Don Quijote* no sólo lleva a América los ideales de justicia y libertad, sino la riqueza de una lengua en la cual hombres y mujeres, hasta ese entonces incomunicados, se reconocen. Lo canta Rubén Darío en su soneto a *España*: “que la raza está en pie y el brazo listo,/ que va en el barco del capitán Cervantes/ y arriba flota el pabellón de Cristo”.

El idioma español tiene desde el momento en que es lengua de América un compromiso decisivo con el resto del mundo. Por eso, cuando José Ortega y Gasset en *Meditaciones del Quijote* se pregunta siguiendo las preocupaciones de la Generación del 98: “Dios mío, ¿qué es España? (...) ¿qué es esta España, este promontorio espiritual de Europa, esta como proa del alma occidental?”, es posible imaginar una respuesta: España es, sobre todo, una voz de muchas voces, encrucijada y crisol de múltiples culturas. España es el destino de una lengua que cobra conciencia de su universalidad gracias a la diversidad de la que procede y a la que arriba, haciendo de puente y de hilo conductor de la multiplicidad de lenguas y culturas americanas.

Lengua española que tendrá, por ello, a sus más entusiastas defensores entre los propios americanos. En el prólogo de su *Gramática* de 1874, Andrés Bello proclama: “Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español”. Contra quienes vaticinan una fragmentación del español en América como la del latín en Europa, surgen las voces de Montalvo en Ecuador, Ricardo Palma en Perú, Jorge Isaacs y Rufino José Cuervo en Colombia y Juan Zorrilla de San Martín en Uruguay. Todos comprenden que los rasgos comunes de la identidad americana y, sobre todo, la unidad de su destino pasan por la unidad de su lengua.

En 1992 parece innecesario subrayar las ventajas que otorga el hecho de que la mayoría de los países de la región hablen y escriban la misma lengua de Cervantes y que el

intercambio entre la mayoría de los pueblos americanos pueda hacerse con la facilidad que da esta comunidad lingüística. Si bien algunos recuerdan todavía el poder “imperial” de la lengua, realzado por Nebrija al afirmar ante la reina Isabel de Castilla que su *Gramática* servía para “conquistar un mundo”, también, –y Nebrija lo sabía– que fue para su emancipación.

Es evidente que la comunidad lingüística americana ha dejado de ser el patrimonio de una metrópoli que impone una “sintaxis” determinada, para ser expresión de creación y transformación del idioma y, sobre todo, ámbito de comunicación internacional e incorporación a los grandes movimientos de la historia. Lengua que se enriquece en sus propias variaciones idiomáticas, pero sin que las ramas que se abren en copiosas hojas lleguen a desgajarse del tronco común.

Gracias al castellano que inmortalizó Cervantes, los países hispanoamericanos reivindican y desarrollan su propia herencia étnico-lingüística entre ellos y frente al mundo. Gracias a la lengua común participan en el diálogo múltiple y cruzado de la literatura contemporánea. “La patria del escritor es su lengua” sostenía Francisco Ayala en *El escritor de la lengua española*, publicado durante su exilio en Buenos Aires. Y una lengua que hermana sólo puede ayudar eficazmente a construir una “Patria Grande” en todos los órdenes, político, económico y cultural.

Porque es a través del idioma común que puede darse ahora respuesta a los desafíos de la modernidad, tal como se reconoció en la primera Cumbre Iberoamericana de Guadalajara de julio del año pasado. La respuesta que debe conciliar la identidad específica de cada país con la inostergable integración cultural, económica y política del continente.

Una conciliación, cuya esencia surge casi como una metáfora poética de la inmortal pareja de la creación cervantina, Don Quijote y Sancho Panza, en apariencia tan opuestos, en realidad tan complementarios.

“Cuando van dos juntos uno se anticipa al otro en advertir lo que conviene; cuando se está solo, aunque se piense, la inteligencia es más tarde y la resolución más difícil” –ya nos dice Diomedes en *La Ilíada* de Homero, adelantando el más entrañable mensaje del principio aristotélico de “dos marchando juntos”, con el que se explica el compañerismo, la solidaridad y esta fraternidad ejemplar en la “diferencia” entre Don Quijote y Sancho.

“Quiero que seas una misma cosa conmigo” –le dice el caballero a su escudero en los primeros días de sus aventuras en común– “porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice; que todas las cosas iguala”. Caballero y escudero se igualan en el uso del “nosotros” con que describen el “dos marchando juntos”; en el “nosotros” demuestran que se necesitan uno al otro porque juntos forman ese “nosotros” tan difícil de conciliar en la vida real. “Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos” –recuerda una y otra vez Don Quijote y cuando Sancho cree haber perdido a su señor “se le nubla el cielo” y se le caen “las alas del corazón”.

Menéndez Pelayo fue uno de los primeros en comprender que “la obra de Cervantes no fue de antítesis ni de seca y prosaica negación sino de purificación y de complemento”. Las sicologías de Don Quijote y Sancho se complementan, se pulen y se educan entre sí. ¡Cuánto se ha escrito sobre la “quijotización” de Sancho y la “sanchificación” de Don Quijote! Ambos nos enseñan que el hombre no debe ser solamente Quijote ni solamente Sancho sino una equilibrada alianza y combinación de ambas maneras de ser y de vivir entre dos polos extremos que se necesitan mutuamente: el idealismo y el realismo.

Juntos, Don Quijote y Sancho, forman un “nosotros” que, como llega a proyectar Pedro Laín Entralgo, “nos engloba, nos totaliza y hasta nos obliga porque secretamente nos impulsa a ser más hombres y a serlos mejor”. Porque este “nosotros” no puede olvidar el “yo”

individualista de Don Quijote cuando sostiene “Yo sé quién soy”.

En esta afirmación nos recuerda la profunda razón de su empresa: el heroísmo de ser fiel a sí mismo en el centro de un mundo hostil, contra todos los gigantes y “molinos de viento” que se cruzan en el camino de la vida. **Ser** en la adversidad es **estar** condenado a la incompreensión y a la soledad; pero **ser** en la fe, otorga confianza y seguridad. “Yo sé quién soy” es, en definitiva un modo de afirmar “Yo sé quién quiero ser”. Don Quijote “es” porque se quiere hacer esforzadamente contra todo y contra todos.

Por esta razón Miguel de Unamuno reclamaba que “el *Quijote* debía seguir dando a los lectores de cualquier país, y no sólo a los hispanos, lección de amor y de generosa, valiente y caritativa inmolación de la existencia por el bien de los demás y por el triunfo de los nobles empeños”.

Don Quijote debe “resucitar” y volver a cabalgar con Sancho sobre la ancha tierra de tantos “entuetos”. “¡Qué falta nos estás haciendo!” –exclama Don Miguel– “Para arremeter con tus conceptos dictados por el amor, a lanzadas magnánimas de luz, contra esta mentira apesotosa y liberar a los pobres galeotes del espíritu!”.

El anhelo de romper las cadenas de los hombres para enseñarles el gusto de la libertad, lección final de la obra de Cervantes, es noble aspiración que adquiere un sentido muy significativo en la UNESCO. En esta organización, cuya última vocación es la de poder traducir en acción la fuerza de “saber qué es lo que se quiere ser”, el cumplimiento de un ideal significa que **ser** es, en realidad, **querer** y, ya lo saben todos los empeñosos espíritus qui-jotescos, querer es siempre **poder**.

Discurso del
Excmo. Sr. Salvador Romero Pittari
Embajador de Bolivia ante la UNESCO
y
Presidente del Comité del Idioma Español



Excmo. Sr. Salvador Romero Pittari.
(Foto: UNESCO/Inez Forbes)

Discurso del
Excmo. Sr. Salvador Romero Pittari
Embajador de Bolivia ante la UNESCO
y
Presidente del Comité del Idioma Español

ES un motivo de particular complacencia y satisfacción inaugurar las actividades correspondientes al año 1992 de la Cátedra Miguel de Cervantes, creada por el Comité del Idioma Español en la UNESCO, con la Conferencia del escritor chileno Jorge Edwards: “Orden y aventura del idioma”.

Conformada por dos vertientes que, en el transcurso de ahora ya cinco centurias, no han dejado de influirse recíprocamente, sin borrar tampoco sus especificidades, la literatura española de América y Europa constituye una indiscutible unidad, en la cual los giros, las palabras, las visiones de la realidad, las concepciones del significado de la creación que provienen de historias, geografías y tiempos distintos, pasan de un lado a otro del océano en continuas idas y venidas, que han enriquecido, renovado, generado una variada policromía en el tronco común del viejo castellano.

Algunas expresiones de la literatura de América, apoyadas en el poder amplificador de los medios de comunicación de masas, han servido para caracterizar el conjunto, cuando no, a la esencia del Continente. En el Realismo Mágico una abigarrada síntesis de mitos provenientes del mundo precolombino, del europeo en su versión ibérica, del africano, se recrea en una novelística fuerte, poética,

brillante. Allí se engendran héroes fabulosos, destinos extraordinarios que llenan una escena exhuberante donde a la vez se desencadenan con ruido ensordecedor las convulsiones de la historia. ¿Acaso el Realismo Mágico no estaba ya inscrito en las creaciones del barroco mestizo, cuya mezcla de elementos expresaría en su audacia, en sus contrastes, la idiosincracia auténtica de la sociedad hispanoamericana? La tesis, a pesar de su carácter sugestivo, no puede pasar por alto otra tendencia también presente en América. Esta, más severa, austera y penetrada de un ascetismo en los medios de expresión, se manifiesta en creaciones de diferente género y de no menor valor artístico.

Un movimiento pendular ha arrastrado la literatura hispanoamericana de un polo a otro. Quizá ambos corresponden y constituyen las dos caras del genio del castellano.

Jorge Edwards se inscribe más bien en la segunda tendencia, aunque toda simplificación es peligrosa. Diplomático de carrera ha cultivado el ensayo, la novela, el comentario. Su nombre evoca el autor de *Persona non grata*, obra en la cual J. Edwards, con coraje, con lucidez mostró la cara grave de una utopía que los demás intelectuales se negaban a reconocer.

Ya en los primeros cuentos se hallan los personajes, los temas fuertes de su obra, la técnica narrativa, que sus novelas posteriores profundizarán, enriquecerán, dándoles mayor fuerza expresiva.

Así, en *Gente de la ciudad*, libro de cuentos publicado en 1961, aparecen las familias burguesas, con ribetes de aristocracia, en lento declinar, jóvenes sin carácter, damas de carácter, tíos ancianos encandilados por las redondas pantorrillas de las mozas santiaguinas, arribistas, artistas fracasados. Hasta aquí podríamos llegar a sospechar de la buena voluntad del autor con respecto a la gente de su ciudad. Gabriela Mistral encontró *El patio*, primera obra de J. Edwards, "pesimista con un concepto desolador de la naturaleza humana". Ciertamente, el autor describe sin complacencia personajes débiles, con temores

y esperanzas, carentes de grandes exaltaciones o de pasiones intensas, pero sería ignorar la deliciosa ironía de la obra de J. Edwards, su paleta con variados matices que no busca presentar espectáculos maniqueos sino aproximarse de manera auténtica a hombres y mujeres en la veracidad de situaciones cotidianas.

El peso de la noche, editada en España por Seix Barral confirma el tono y el estilo del autor. Ganadora de varios premios literarios, ha sido considerada como una de sus mejores novelas. J. Edwards se descubre como un espectador agudo de un grupo social, de sus rituales y ceremonias pero también de su anclado sentido de la dignidad. Relato de vidas desperdiciadas, hechas de indecisiones, más sufridas que asumidas. Destino que parece también marcar a las nuevas generaciones del clan familiar dominado por Dña. Cristina, no obstante más simpáticas en su descenso humano y social que los arribistas en el triunfo.

La nobleza de sentimientos y la atracción del placer carnal, la fe y el descreimiento se enfrentan en el joven Franciso, que ve en la degradación de su tío Joaquín una evocación de su futuro. La muerte de Dña. Cristina, la abuela, le obliga a reconocer la eficacia del tiempo y a mirar un destino “imposible de asir, que se escurría de las manos; un destino que sólo se definía en relación a opciones que iba descartando y cuya cara positiva era semejante a la nube que ahora se estaba deshaciendo en la lluvia”.

Sin duda, J. Edwards tiene más simpatía por la mujer. En sus novelas y en sus cuentos se encuentran matronas dignas, dotadas de fuerza de voluntad, a veces apegadas, el buen sentido exige, al juego de las convenciones sociales, a veces en abierta oposición a éste, que buscan escapar a una existencia encorsetada; como misia Inés de *La mujer imaginaria*, que al cumplir los 60 años se da cuenta que ha llevado una vida para otros. Sus sueños de infancia, sus inclinaciones iniciales hasta entonces reprimidos, le permitirán volver al difícil camino de encontrarse con ella misma.

A través de la crítica familiar se realiza la crítica de una clase, de un estilo de vida, de una sociedad sometida en ese momento a una dura represión política. *La mujer imaginaria* no es, sin embargo, un arreglo de cuentas, un panfleto rencoroso. El autor radiografía un mundo que no carece de virtudes pero en el cual el peso de los intereses materiales, del conformismo social, de las apariencias conduce a la hipocrecía, la disimulación, a la ocultación del placer.

Los libros referidos no agotan la producción literaria de J. Edwards que cuenta con otras importantes contribuciones a las letras del idioma español como *Los convidados de piedra*, *El anfitrión*, *Adios, poeta...*, memorias organizadas en torno a la persona de Pablo Neruda.

Las novelas y cuentos de J. Edwards están pobladas de hombres y mujeres comunes. La cotidianeidad es una trampa peligrosa por su aparente sencillez de la cual el autor sale con éxito. Su obra sobresale por la habilidad de la técnica narrativa, por la textura del lenguaje que no desdén emplear giros y palabras de su Chile natal; expresión de la identidad propia con la cual el idioma español adquiere su rica polifonía.

Gracias.

Disertación
“Orden y aventura de la lengua”
por el
Excmo. Sr. Jorge Edwards
Miembro de la Academia Chilena
de la Lengua



Excmo. Sr. Jorge Edwards.
(Foto: UNESCO/Inez Forbes)

Disertación
“Orden y aventura de la lengua”
por el
Excmo. Sr. Jorge Edwards
Miembro de la Academia Chilena de la Lengua

NO está mal que este año, en este quinto centenario del descubrimiento de América, demos una mirada al idioma castellano, a su tradición, a su historia, a su orden y sus rupturas, desde el punto de vista de América y de un americano del sur.

La llegada de Cristóbal Colón a América, su descubrimiento o, si se quiere, su extravío, fue un hecho que modificó la vida española y europea de un modo irreversible; fue un redescubrimiento de Occidente y fue, a la vez, una fundación y una invención del Nuevo Mundo. Sin saberlo en un comienzo, Colón inició un largo proceso de formulación y de invención de lo americano, proceso que modificaría el horizonte europeo en una medida que todavía no terminamos de aquilatar.

Ahora bien, esa formulación, esa invención, esa revolución mental, se realizó antes que nada, como es propio de toda creación, por medio de la palabra. La lengua del mismo Cristóbal Colón, que vio sirenas, que se encontró con hombres que tenían caras de perros, que describió paisajes cercanos, a juicio suyo, a las puertas del Paraíso Terrenal, fue la primera lengua literaria del Nuevo Mundo. Colón se encontraba en América con el caos primigenio, o con la página en blanco, y sus explicaciones intentaban introducir una coherencia y un sentido. Eran textos

precursores: indicaban ya que la naturaleza americana, el fenómeno americano, determinarían, desde un principio, formas literarias inéditas. En el momento en que se puso a escribir desde allá, Colón se convirtió, sin quererlo, en el primer escritor criollo. Inventó a América y se inventó a sí mismo; inauguró una nueva manera de ser y de expresarse en lengua castellana. Acabo de conocer el tema de una novela todavía inédita de un joven novelista español, un novelista de Valencia: Colón, en esa novela, para siempre inadaptado en el mundo europeo a causa de su extraordinario viaje, inadaptado porque ha visto lo que sus coterráneos no habían podido ver, regresa al final de su vida, cansado de incomprendimientos, a América, y vive sus últimos años junto a los nativos, asimilando sus costumbres, convertido en una especie de primer buen salvaje en la visión europea. Es una metáfora muy sugerente, aunque no corresponda a la verdad histórica. Después de todo, ¿qué es la verdad histórica, y qué la distingue de la mentira novelesca? Esa metáfora apunta a un hecho esencial: el que viaja ya no regresa; el que viaja queda modificado, transformado, por la experiencia del viaje; el que regresa es otro. Esto le ocurrió a todos los europeos que colocaron el pie en América. Esto es el origen, el punto de partida de nuestra cultura mestiza.

Fundación, recreación, formulación por medio de la palabra. Introducción de coherencia en lo ajeno, en lo que para nosotros es caótico. La llegada del hombre de España a América crea uno de los grandes gérmenes, una de las formas germinales de la narrativa moderna: la crónica del Nuevo Mundo. Es una semilla y una prolongación. Con su entusiasmo, con su ingenuidad, con su mezcla desenfadada de la descripción y de la fabulación, los cronistas fueron los continuadores de los autores de novelas de caballería. Participaban en la gran empresa renacentista que era la conquista de América, pero la mirada con que la veían y con que la contaban estaba llena de resabios medievales. Ahí comenzó, quizás, nuestra ambivalencia en el tiempo histórico, nuestra modernidad incierta y dudosa

siempre. A fines del siglo XVI, en el paso entre el XVI y el XVII, Miguel de Cervantes meditaba en el Quijote sobre la acción heroica, su realidad pasada y su imposibilidad presente. Era la reflexión de un hombre enfrentado a la modernidad y que no podía evadirse de ella, como probablemente hubiera querido. Los cronistas, en cambio, representaron la vertiente diametralmente opuesta, la antípoda intelectual de Cervantes, y esto podría contribuir a explicar la relativa pobreza, a mi juicio, de la lectura cervantina en la América colonial. Los cronistas, narradores de la exterioridad y de la fabulación, fueron precursores de la corriente narrativa que ha dominado hasta ahora en la América de lengua española. El Quijote, en cambio, obra de reflexión, de interioridad, de ironía, fue comprendido primero fuera de América. También, en alguna medida, fuera de España.

La crónica, desaparecida con la llegada de las Repúblicas independientes, reaparece lentamente en los tiempos actuales. La historia de la lengua castellana en América, las vicisitudes de nuestro idioma en el Nuevo Mundo, rompen con todos los esquemas mentales y nos colocan frente a fenómenos de cultura que tenemos que empezar a examinar ahora, ya que más vale tarde que nunca. El Quijote, a mi juicio, fue un comienzo, y a la vez, al menos para nosotros, un final. Fue la primera novela moderna, pero ejerció más influencia en la Inglaterra del siglo XVIII o en la Alemania del Romanticismo que en la cultura hispánica real, salvo en los tiempos modernos, salvo a partir del noventa y ocho. Los cronistas fueron los herederos, en cambio, de la novela de caballería y los precursores de algunas de las grandes novelas contemporáneas de América Latina.

Un caso extremo de fundación por medio de la palabra literaria es el de Chile, y es un caso en que la imaginación indígena y la española confluyeron. Chile, antes de ser, fue una fábula de los indios del Cuzco – fábula interesante, destinada a desviar, a alejar del Perú a los conquistadores ávidos, depredadores, y que se convirtió en

realidad debido a la porfía de algunos de estos conquistadores. Según los dichos de los indios cuzqueños, hacia el sur, más allá del desierto, existía un país de la abundancia, un país del oro llamado Chile o Chire. Por su parte, los navegantes españoles y portugueses del otro extremo del continente –Magallanes, Elcano– habían encontrado gigantes, los indios patagones, y lo habían contado a su regreso. Había una tierra, por consiguiente, desconocida y mitológica: tierra de desiertos interminables en el norte, de oro en el centro, de cíclopes en el sur. La palabra indígena del Cuzco y la de los navegantes se había confabulado para crear un Eldorado remoto, situado hacia los confines del mundo conocido.

El mito se invierte, se transforma en su contrario, con el regreso al Cuzco de Diego de Almagro y sus expedicionarios desharrapados, arruinados, famélicos. Ahora son “los de Chile”, llevan ese nombre y ese estigma, y la gente huye de ellos como de la peste. “Los de Chile”, revoltosos, hambrientos, engañados, creaban conflictos y vivían en realidad de lo que hasta hoy se llama el sablazo. El país del oro, en la imaginación colectiva, había sido suplantado por el país de los harapos. ¡Otra invención! Arte y abuso de la palabra, creadores de imágenes externas que siempre son más o menos inexactas.

Pero la demostración más flagrante de este carácter verbal de toda la empresa, de esta relación de la historia con la palabra hablada y escrita, se encuentra, como lo he dicho otras veces, en los dos grandes poemas épicos de la guerra de Arauco: *La Araucana* y *el Arauco domado*. Sus autores, Alonso de Ercilla y Pedro de Oña, inventan la vida araucana en forma contradictoria y paradójica. El joven Alonso de Ercilla, hombre de cultura clásica y a la vez popular, lector de Ariosto, del Tasso, de los antiguos, y a la vez de novelas de caballería, se encuentra en Londres durante la celebración de las bodas del Príncipe Felipe de España con María de Inglaterra. Ha sido educado en la Corte, muy cerca del Príncipe, y forma parte de la comitiva oficial. Ahí, en Londres, escucha hablar de unos indios

del último confín del mundo que consiguen resistir contra el ejército más avanzado de la época. Decide viajar y participar en esa guerra, que le parece la más heroica de su tiempo, la más parecida a las guerras del pasado, y se propone, desde el primer momento, escribir día a día la crónica en verso de sus episodios. Lo hace después de las marchas o de las batallas, y utiliza todo lo que encuentra a la mano a manera de papel: pedazos de cuero, fragmentos de cartas, cortezas de árbol, telas de camisa. Cuenta en verso, ya que su poema incluye la historia del poema mismo, que después de las sesiones de escritura tenía grandes dificultades para juntar y ordenar todos esos fragmentos. Ercilla, soldado poeta, de paso en la milicia, aplicó a los hechos cantados en octavas reales la métrica italianizante que había pasado a España con el Renacimiento, una visión tremendamente admirativa. Era un exaltado y un entusiasta ... vio a los caciques araucanos, a Caupolicán, a Colo Colo, a Lautaro, como héroes de la antigüedad clásica. Era un joven de genio vivo, se enredó en pendencias callejeras y fue condenado a ser decapitado por el jefe de su expedición, don García Hurtado de Mendoza, hijo del Virrey del Perú. Fue perdonado cuando ya subía al patíbulo, pero él, más tarde, no supo perdonar a don García. El poema que escribió fue de admiración y también de venganza. Es probable que su antipatía por Hurtado de Mendoza haya facilitado su idealización del enemigo. Los españoles de su poema son seres grises, mezquinos; don García casi no es nombrado, los araucanos, en cambio, parecen salir de un Canto de la Ilíada. Como se ve, la leyenda negra no fue una creación exclusivamente criolla y en cierto modo comenzó con el propio Ercilla.

Ercilla regresó pronto a España, pero dedicó buena parte de su existencia a desarrollar ese poema único. El tema lo obsesionó hasta el fin de su vida. Tuvo un momento de brillo diplomático, encargado de misiones en Europa por Felipe II; pero después, perseguido por Hurtado de Mendoza cayó en desgracia y fue olvidado. Su visión de Arauco sin embargo y curiosamente sería

utilizada algunos siglos más tarde. Alimentaría los mitos y los fastos del nacionalismo republicano e incluso, cosa sólo sorprendente a primera vista, los del militarismo criollo. Lautaro, el joven cacique, sería el modelo de dos facciones extremas y opuestas en la vida chilena: los militares tradicionalistas, que estudian todavía sus tácticas en la Academia de Guerra, y los guerrilleros o grupos terroristas de la ultraizquierda.

Pedro de Oña, el autor del *Arauco domado*, es el reverso casi perfecto de Alonso de Ercilla. La guerra dio lugar, en el bando español, a una curiosa e instructiva guerra literaria. Ercilla había nacido en Madrid pero era del norte de España. Oña es el primer poeta chileno, y es, paradójicamente, el forjador de una especie de leyenda negra, pero no de España sino de la Araucanía. Nació en una de las ciudades más australes del mundo de entonces y de ahora, los Infantes de Angol, también conocida como Angol de los Confines. Creció y vivió demasiado cerca de los araucanos, en el temor permanente a sus feroces ataques y a sus secuestros, y no tenía la menor disposición para idealizarlos a la manera de Ercilla. Eso estaba bien para un cortesano renacentista, no para un funcionario y soldado condenado a vivir en la peligrosa e inhóspita frontera. Ercilla, en buenas cuentas, actuó como un corresponsal de paso y de lujo; Oña era un actor que arriesgaba su vida y sus bienes en forma permanente. Podemos simpatizar con Ercilla, pero tenemos que hacer un esfuerzo y colocarnos en la situación de don Pedro de Oña. El escribió su poema para reivindicar el nombre de Hurtado de Mendoza, que Ercilla dejaba mal parado en el suyo. Escribió para nombrarlo en forma honrosa y para honrar a sus compañeros de armas, y acentuó las tintas al describir a los araucanos. Los araucanos de Oña, el chileno, eran bárbaros sanguinarios y supersticiosos. La idea del imbunche y del imbunchismo, que después prosperó en la novela y en el ensayo de mi país, desde la época colonial hasta el día de hoy, hasta novelas y poemas muy recientes, por ejemplo, hasta una novela como *El obsceno pájaro*

de la noche de José Donoso donde uno de los personajes es un imbunche, es una idea, un mito que deriva del Canto Segundo del *Arauco domado*, de Pedro de Oña, donde se trata de una sesión de adivinación y de magia negra. En este canto, la luz, la armonía, los colores del poema de Ercilla, resplandores del sol, de los aceros, de la selva, de la sangre, han sido reemplazados por atmósferas lóbregas, sombrías, por momentos hasta repugnantes. Probablemente mejor poeta que Ercilla, sobre todo cuando canta el paisaje del sur de Chile, su región natal, Oña no alcanza a proyectar la imagen del traidor, al estilo, por ejemplo, de la Malinche mexicana, ya que es un chileno español, pero no recibe nunca, hasta hoy, los honores oficiales que recibe Ercilla. Es un personaje más bien incómodo: es un criollo colonialista, además de colonizado. Sin embargo, su invención del imbunche cala hondo en la imaginación chilena: recibe menos honores, pero influye más, sin que los chilenos lo sepamos. El mito supone que los araucanos elegían al niño mejor dotado de la tribu y lo transformaban en un monstruo físico, o en un cadáver abierto y despojado de sus intestinos, en la versión de Oña, monstruo o cadáver que tenía poderes adivinatorios o que contagiaba estos poderes a los magos de la tribu. A partir de esa invención de finales del siglo XVI se formó el mito moderno, apto para aludir a una sociedad castradora, deformadora, destructora de sus propios hijos, a la vez que supersticiosa, escasamente racional. Después de todo, Oña oponía a la barbarie la razón y el sentido clásico del justo medio y se espantaba con estas formas extremas de la vida araucana. Hay un verso de Oña sobre este tema clásico: “Ni es bueno que la capa quede corta, ni que de larga frise con el lodo. Virtud está en el medio, como en quicio y siempre en los extremos anda el vicio ...”. En resumidas cuentas, tenemos un poeta español que celebramos, que citamos en los discursos oficiales, pero a quien, en el fondo, no le creemos demasiado, y un poeta chileno que olvidamos y hasta ocultamos, pero que ha dejado huellas en

nuestra conciencia privada y colectiva, y que tenía a pesar de sus prejuicios, propios de su tiempo y su lugar, una visión más equilibrada de lo que se cree.

Cada uno de esos poetas inventaba su guerra y su Araucanía, pero no por ser invenciones paradójicas, contrapuestas, tejidos verbales, dejaban de tener consecuencias. Son invenciones que pasaron a formar parte de nuestro espacio mental, elementos que necesitamos comprender para comprendernos y conocernos. Pablo Neruda, que se formó junto a los escenarios de *La Araucana* y del *Arauco domado* en Temuco, antigua frontera de la Araucanía, es un seguidor consciente y deliberado de Ercilla. Y más bien una persona que desdeña o ignora a Pedro de Oña. Su *Canto General*, en algún aspecto, es también una continuación virulenta, indudablemente panfletaria, en muchos pasajes, de la leyenda negra de España, pero hay que poner atención a uno de los poemas de la sección *Los Conquistadores*, un poema que se titula “A pesar de la ira”. El poema es una defensa en última instancia, a pesar de la ira, precisamente, a pesar de todos los abusos y todos los retrasos, de la implantación del idioma y de la inteligencia de Europa en el mundo nuevo.

“... no sólo llegó sangre sino trigo.

La luz vino a pesar de los puñales.”

Es el último de los poemas de la sección *Los Conquistadores* y tenemos que suponer, por lo tanto, que representaba el balance final del poeta. Antes, en la misma sección, Neruda había dedicado un poema a Ercilla, que consideraba como su precursor más directo, en la literatura chilena. Escogió el momento en que el poeta soldado, después del conflicto con Hurtado de Mendoza, se aleja de los españoles y se interna en la selva virgen araucana.

“Piedras de Arauco y desatadas rosas

fluviales, territorios de raíces,

se encuentran con el hombre que ha llegado de España.”

Ahí, en medio de los rumores confusos de la naturaleza, Ercilla, según Neruda, que insiste en el adjetivo, es

el hombre sonoro, el que trae el sonido organizado de la lengua. Trae también el orgullo y la agitación de los hombres, que al final serán devorados por el silencio de la tierra. Es una oscilación entre los problemas humanos y de la sociedad, cuya visión predomina en “A pesar de la ira”, y el imperio de la naturaleza que predomina en el poema sobre *Ercilla*. En la visión ahistórica, cósmica, la lengua desaparece, regresa al silencio, pero en el largo paréntesis de la historia humana la lengua es central, es “número, nombre, línea y estructura ...” (“A pesar de la ira”).

Salimos del espacio del idioma, de su sonido y su sentido, y regresamos siempre a él. La ruptura política iniciada en 1810 también fue, inevitablemente, una ruptura literaria, pero fue seguida casi de inmediato por un proceso largo y gradual de reencuentro con el idioma. Ese reencuentro ha tenido hitos interesantes, reveladores, ahora bastante olvidados, pero que es precisamente el momento de recordar. Uno de esos hitos, por ejemplo, está en las páginas de *Recuerdos del pasado*, de Vicente Pérez Rosales. Pérez Rosales es el chileno y quizás el americano del siglo XIX que tuvo la relación más natural, más fácil y en cierto modo más clásica con la lengua castellana. Parece una afirmación gratuita, “literaria”, pero no lo es. Pérez Rosales, al final de su vida, escribía sin esfuerzo, sin incomodidad, a la manera de los mejores prosistas del idioma, sin el academicismo de un Blest Gana o incluso de un Sarmiento, y lo hacía de ese modo porque lo había bebido en las fuentes mismas. Hay que leer el capítulo de su encuentro juvenil en París con los exiliados españoles “afrancesados”, con Leandro Fernández de Moratín y con Silvela; el capítulo de sus estudios en el Liceo que ellos dirigían en París. Moratín fue su maestro de literatura castellana y se convirtió al poco tiempo en su amigo mayor y su confidente. La escritura de Pérez Rosales, como después la de Vicuña Mackenna, una escritura en la que los americanismos y los chilenismos introducen un tono nuevo, una flexibilidad inédita en la lengua, arranca de esa enseñanza y de esa comprensión humana. Después de la

ruptura de la Independencia –Pérez Rosales, de niño, en casa de su tío Juan Enrique Rosales, había visto a los generales San Martín y O'Higgins beber champaña y después romper las copas para celebrar el triunfo de Chacabuco–, después de esa ruptura, el encuentro con los intelectuales españoles del exilio fue un reencuentro con la lengua y con la cultura. De ahí derivó una forma de escribir específicamente americana y a la vez enraizada en la tradición del idioma, una invención incorporada al orden de la lengua y que vino a modificarlo. Esa invención fue posible, a su vez, gracias a una comprobación más profunda que hizo el joven Pérez Rosales y que determinó la actitud de toda su vida frente a la política criolla. Pérez Rosales comprendió, en el contacto con Moratín, sobre todo, y con Silvela, que las guerras de la independencia, que había presenciado de niño, no habían sido exactamente un conflicto entre España y América, como se enseñaba en los textos escolares, sino un conflicto entre el bando reaccionario, represivo, inquisitorial, y el bando liberal, progresista, racionalista, en que estaba dividido en realidad todo el mundo hispánico. Por un lado, la América bárbara, supersticiosa, represiva, aliada con la España negra; por el otro, la España de Moratín, la de los profesores de idiomas y de ciencias de ese Liceo de París, y la América de Pérez Rosales y de tantos otros. Sin entender esa división real, por encima de divisiones ficticias, no se entendía la América del siglo XIX, como no se entendía la historia española moderna. Esa comprensión instaló, a mi juicio, a Pérez Rosales en la mejor tradición del idioma, y lo instaló en ella con una libertad, y una flexibilidad que antes de él no se sospechaban por lo menos en América.

Una página, un hito: el encuentro del joven Pérez Rosales, expulsado por su conducta revoltosa de su casa de Chile –era un joven revoltoso y difícil– con los viejos maestros españoles afrancesados, que introducen para siempre un matiz, un equilibrio, una ironía, una sabiduría en buenas cuentas, en su visión de las cosas. Otra página, otro hito, esta vez más cercano a nosotros: el de Vicente

Huidobro a sus treinta y cinco años de edad, en 1928, de regreso de sus tiempos junto a los artistas de la vanguardia de París, desengañado de sus intentos imposibles de convertirse en poeta francés, que se descubre descendiente real o ficticio del Cid y escribe su *Novela-Hazaña de Mío Cid Campeador*, novela de vanguardia, desde luego, novela que cultiva el humor anacrónico, donde las tropas del Cid, por ejemplo, entran a Valencia cantando “Valencia”, “sin respetar”, escribe el narrador, “las leyes del Tiempo y el Espacio”, pero donde el autor redescubre el idioma español, pese a sostener que es lengua algo “tiesa, ajamonada”, y decide inyectarle un poco de soltura y de rapidez a base de chilenismos y de otros giros ajenos, porque, como escribe en una advertencia preliminar, “me parece muy bien que las lenguas se invadan las unas a las otras lo más posible; que las palabras pasen como aeroplanos por encima de las fronteras y las aduanas y aterricen en todos los campos”. Otro hito, otra página extraordinaria: el “Viaje al corazón de Quevedo”, en el que Neruda, después de la experiencia del Extremo Oriente, donde había sido cónsul durante siete años, y de *Residencia en la tierra*, relata su descubrimiento de la vida y de la poesía españolas. La etapa de *Residencia en la tierra*, para un poeta rodeado de colonos ingleses y de lenguas incomprensibles, nativas, había sido una residencia solitaria en la lengua única. A partir de eso, el encuentro con la poesía de Quevedo, de Villamediana, de Miguel Hernández y García Lorca, víctimas todos del lado negro de la historia española, parientes literarios de los afrancesados amigos de Pérez Rosales, era un encuentro coherente, en cierta medida inevitable, necesario en el fondo, para que Neruda llegara a ser lo que fue.

Pero habíamos mencionado en un comienzo a Cervantes, como corresponde a esta cátedra, y ustedes se dirán ahora, quizás, que lo hemos olvidado. La verdad, sin embargo, es que mi argumentación, el hilo de mi texto, exigen volver aunque sea brevemente al tema de Cervantes y del Quijote. Al comienzo señalé o insinué una

bifurcación, una separación de caminos: la crónica de los conquistadores tiene una continuación determinada, reconocible, así como tiene antecedentes también reconocibles, dentro de las literaturas hispánicas; el Quijote tiene otros seguidores, más visibles fuera de la Península y de América, en la Inglaterra de Fielding, en la Alemania del Romanticismo, quizás en la Rusia de Dostoievsky. Pero esos caminos bifurcados tienden a encontrarse en la época contemporánea, y sobre todo con la maduración de la literatura de la América de lengua española y portuguesa. Es una dispersión cultural y un regreso. El Quijote y Sancho, que eran referencias externas, rutinarias como los nombres de calles o como las estatuas en las plazas públicas, nos empiezan a invadir, penetran en nuestros horizontes de maneras imprevistas. En el Brasil de fines del siglo XIX, Joaquín María Machado de Assis, nacido en las favelas de Río de Janeiro, hijo de un pintor de paredes mulato y de una lavandera portuguesa, y elevado a la condición de alto funcionario del Imperio, descubre la novela inglesa del siglo XVIII y a través de ella, en forma indirecta, pero muy clara, se encuentra con la ironía y el humor cervantinos. Hace otra literatura latinoamericana, menos evidente, menos obviamente diferenciada, pero en el fondo más influyente y más viva. En la novela, en el cuento, en la crónica, Machado de Assis es un pariente cercano de Pérez Rosales, Vicuña Mackenna, Jotabeche.

Hace pocos años me tocó enseñar un curso de literatura comparada en una universidad del Medio Oeste de los Estados Unidos (Fort Collins, Estado de Colorado); el tema del curso era el siguiente: William Faulkner y la novela de América del Sur. En la relectura atenta de uno de los ídolos de mi juventud literaria, descubrí que Faulkner, pequeño hacendado del Mississippi, jinete y criador de caballos, admirador de Shakespeare y bebedor del wisky de Kentucky, citaba con curiosa frecuencia y con exacto conocimiento las aventuras y desventuras de un caballo inmortal, tercer elemento en la pareja cervantina, Rocinante. Una vez, en otra universidad en ese mismo

tiempo, encontré a una especialista en Cervantes norteamericana y me dijo que había recopilado todas las citas del Quijote de autoría norteamericana. “Tendrá entonces las de William Faulker”, le dije. “Faulkner”, me contestó en forma perentoria, “no cita jamás a Cervantes en ninguna parte”. Le mandé al día siguiente una carta con más de una docena de citas y la especialista admitió su omisión. Ningún recopilador puede ser infalible, al fin y al cabo. Después una ex alumna de Faulkner me dijo que el viejo maestro del sur les contaba que leía el Quijote por lo menos una vez al año. También supe que el Quijote, en traducción inglesa, había sido el último libro leído en voz alta por Faulkner a sus hijos y sus sobrinos, poco antes de morir en su casa de Oxford, Mississippi, lugar que sirve de modelo en su obra para Jefferson, la capital de su condado imaginario de Yoknapatawpha. Después, a lo largo de mi curso, descubrí con cierto asombro, ya que la coherencia y la sencillez de las cosas suelen asombrarnos, que los coroneles derrotados de las guerras civiles de Faulkner, esto es los de la guerra de la Confederación, quijotescos por excelencia, caballeros en sus respectivos Rocinantes, se prolongaban en las páginas y en las guerras civiles de *Cien Años de Soledad*, otro autor, lector de Faulkner como Gabriel García Márquez, o en algunos excéntricos extraviados en las selvas de *La Casa Verde*, de Mario Vargas Llosa. A diferencia del escritor de lengua inglesa William Faulkner, que lo sabía y se lo guardaba, estos narradores de lengua castellana eran cervantinos quizás sin saberlo y en todo caso sin proponérselo. El manuscrito de Melquíades en *Cien Años de Soledad*, claro está, corresponde al texto del autor árabe Cide Hamete Benengueli, creador verdadero del Quijote. Pero García Márquez juraba entonces por Faulkner, por Kafka, por las Mil y Una Noches, y Vargas Llosa, por Flaubert, por Joan Martorell, y en contra, hasta cierto punto, de Miguel de Cervantes, acusado por él del pecado sospechoso y debilitador de la ironía.

Lo que pasaba es que Cervantes como he dicho, nos invadía, nos llegaba de contrabando en la obra de Kafka, en la de Flaubert, en la de Faulkner. Lo habíamos relegado al desván de las obligaciones oficiales y escolares y regresaba por las vías más inesperadas: en los sueños imposibles de Emma Bovary, en las cabalgatas de los coroneles Sartorius, en los delirios del señor K o de Quincas Borba, el personaje de Machado de Assis. Era mejor, entonces, no resistir. Todos los escritores de mi generación, unos más y otros menos, hemos postergado a Cervantes en una primera etapa y después, en años maduros, lo hemos leído con deslumbramiento. La lengua reflexiva, burlona, lúcida, irónica, sabia de Cervantes, ha terminado por ganarnos la mano.

¿Significa esto que las dos corrientes poderosas, la exterioridad fabuladora de las novelas de caballería, de la crónica, incluso de la poesía épica, y la interioridad, el subjetivismo reflexivo, profundo, del Quijote, corrientes que seguían líneas separadas se encuentran por fin en la literatura contemporánea de nuestro idioma? Es posible. Es una hipótesis que uno podría defender si tuviera el tiempo, y la paciencia. Revelaría, quizás, que la reciente madurez de la literatura latinoamericana corresponde también a una recuperación de la literatura española, a una vuelta a los orígenes. Habríamos emprendido entonces un viaje al corazón de Cervantes, y habríamos tomado conciencia del asunto a medida que viajábamos. El desencuentro paradójico de Ercilla y de Pedro de Oña, el encuentro del joven Pérez Rosales con el viejo Moratín, el de Vicente Huidobro con su imaginario bisabuelo el Cid Campeador y el de Neruda con don Francisco de Quevedo, confluirían ahora en esta corriente enormemente creativa y contemporánea, antigua y moderna, expresión del orden de la lengua y de su interminable y siempre renovada aventura. Y esto a pesar de los conflictos, a pesar de los celos y los retrocesos, a pesar de la ira, como decía Neruda, a pesar de todo.